

# Prólogo

Prologar el presente libro de miembros de la Cátedra de Estudios Ernesto *Che* Guevara de la Universidad de Oriente en Santiago de Cuba, más que un deber en respuesta a una solicitud de mis compañeros de fila, es un gran privilegio acometido con sentido orgullo. Los que vimos nacer esta institución el 26 de noviembre de 1991 estábamos muy conscientes de su necesidad en el difícil momento histórico que vivía Cuba y le pusimos todo el corazón a las tareas que en ella diseñamos al estilo del Che, con gran dosis de amor y entrega. Así, junto a la cátedra de los compañeros de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, fuimos de las primeras instituciones de este tipo en la Educación Superior en dedicarnos a tan noble tarea. Entonces creíamos —y creemos—, que en aquel pensamiento y obra revolucionarias, junto a las de otras grandes personalidades de nuestra historia patria y la universal, podríamos encontrar respuestas, orientaciones, inspiración, fundamentos y principios para la actuación, ante los retos de tan complejas circunstancias y para nuestra proyección futura.

El lector debe saber que la cátedra, aunque tuvo entre sus miembros a compañeros de otras instituciones y tuvo como fieles inspiradores a los escritores Adys Cupull y Froilán González y la compañera Elba Rosa Pérez Montoya (nuestra actual Ministra de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, Citma), surgió en el seno del Departamento de Marxismo- Leninismo de la Universidad de Oriente (en el cual aún imparte docencia la prologuista), lo cual tiene a nuestro juicio significados esenciales en la génesis de las ideas de este libro, a los que nos vamos a referir a continuación.

Por un lado, ante el derrumbe del campo socialista y de la Unión Soviética, compartíamos la gran responsabilidad histórica de enfrentar lo que para entonces parecía extenderse, según asevera Pablo Guadarrama: la visión pragmática y tecnócrata del desarrollo social según la

cual prevalecía el criterio de que dedicarse al estudio de la filosofía no constituía más que una pérdida de tiempo, que la teoría marxista-leninista y todo el pensamiento revolucionario basado en ella había caído en total descalabro. Aún recuerdo con profunda tristeza las veces que en la calle nos preguntaban los incrédulos o desorientados si aún eso de “Filosofía” o de “Marxismo” seguía existiendo en la Universidad, o la aberrante pregunta “¿Y ahora, de qué van a vivir ustedes?”. Eran tiempos muy complejos en todos los aspectos de la vida sociopolítica cubana reflejados de manera especial en la enseñanza universitaria y la Universidad de Oriente no fue una excepción. En nuestra experiencia concreta, muchas veces estábamos “haciendo ciencia y docencia” de manera conjunta, discutiendo inclusive hasta altas horas del día o de la noche qué aspectos del plan de estudios debíamos transformar y de qué modo íbamos a enfrentar aquella situación desde el punto de vista educativo y político-ideológico en la enseñanza. Justo es decir que no trabajábamos solos, siempre tuvimos el apoyo y orientación de la Dirección de Marxismo-Leninismo del Ministerio de Educación Superior (Mes) y del Partido Comunista de Cuba (PCC) en la más alta instancia del país, lo cual era alentador y reconfortante, pero no dejaba de ser una tarea muy tensa.

En ese duro bregar, entre intercambios con profesores de Marxismo-Leninismo de todo el país, talleres metodológicos y eventos científicos, o sencillamente reuniones de los colectivos de la disciplina, fuimos buscando las respuestas a aquellas inquietantes preguntas. Este proceso (suficiente para un interesante estudio que sobrepasa las posibilidades de este prólogo) es el crisol donde surge la idea de crear la Cátedra de Estudios Ernesto *Che* Guevara de la Universidad de Oriente en Santiago de Cuba. Sus objetivos estuvieron encaminados a estudiar y divulgar la vida y obra del Che —lo que luego se extendió a otros importantes pensadores revolucionarios de nuestro país—, al profundo y creativo trabajo político e ideológico, a la investigación y al trabajo docente-educativo y metodológico, donde comenzamos a introducir los resultados fundamentales. De este modo, hacíamos de dicha cátedra una parte inseparable de los procesos sustantivos de la universidad en tiempos de Revolución. Muchas han sido las tareas desarrolladas en este período, pero el análisis de este tema requerirá de otro espacio.

Dentro de ese conjunto de actividades comenzamos a desarrollar investigaciones que involucraban a profesores y estudiantes, como tesis de diploma, de maestría y doctorado, y muchas otras, como la búsqueda

de la presencia del Che en Santiago de Cuba a través del estudio de documentos y el intercambio con testimoniantes. Esta tarea la concretamos en un hermoso evento científico, el cual nos dejó un material inicial que era todo un convite para su profundización futura. Ahí están los orígenes de este libro, que poco a poco se convirtió en un material casi concluido, y truncado por una y mil razones, donde nos faltó natural agresividad junto al aprovechamiento de la adecuada oportunidad.

El lector disfrutará de los contenidos que inspiraron muchas de nuestras acciones: un resumen importantísimo y poco común en la bibliografía existente, acerca de las transformaciones en Santiago de Cuba a partir del triunfo de la Revolución (1959-1965), período en el cual se circunscribe en lo fundamental esa presencia física del Che en Cuba y en esta región, con una aproximada cronología de los acontecimientos; interesantes testimonios de hombres y mujeres del pueblo que tuvieron el privilegio de intercambiar con él en distintas circunstancias y que aquilatan una vez más la magnitud de aquella gran personalidad, capaz de situarse en cada momento al nivel necesario transmitiendo enseñanzas y ejemplo imperecederos; trabajos orientados a analizar distintas aristas del pensamiento del Che desde la óptica de varios santiagueros.

En el texto encontraremos también discursos de un incalculable valor. Uno de ellos muestra, por ejemplo, una universidad comprometida con su tiempo, con sentido del momento histórico, en la lucha —como expresara el Che—, por vestirse de blanco, de negro, de mulato, por la mejoría de la calidad del profesional que entregará al cauce del desarrollo social, porque —como él mismo sentenció—, ella es responsable del triunfo o la derrota de este gran experimento económico y social que estamos llevando a cabo en Cuba, una universidad encargada de formar verdaderos revolucionarios. Su discurso allí, en la Cancha Mambisa, nos reitera el conocimiento profundo que poseía el Che sobre las características de los estudiantes universitarios: su fuerza, tenacidad, arrojo, creatividad, intrepidez, perseverancia, combatividad e inteligencia demostrada en las grandes batallas de varias partes del mundo, de América Latina, pero de modo especial en Cuba, donde forman parte de la arcilla fundamental de nuestra obra, tal y como él mismo definió. Fue trascendental en aquel discurso, además, el modo tan especial, la forma utilizada para situarnos las nuevas tareas a los universitarios, de ellas la primera: estar al lado total de la Revolución.

Encontrará el lector en palabras del Comandante la coincidencia extraordinaria entre muchas de sus valoraciones y las de Fidel, en espe-

cial las relacionadas con esta parte del país. Considera al oriente como escenario idóneo, como el receptor en primer orden, adecuado, para analizar temáticas de gran sensibilidad ideopolítica en momentos conmovedores del desarrollo social cubano. Eso nos deja de hecho también a todos, niños, jóvenes, hombres y mujeres, agradecidos, un eterno compromiso revolucionario con el cumplimiento de la tarea de orden.

Cada documento proveniente de Ernesto Guevara, escrito o ideado aquí en la indómita ciudad de Santiago de Cuba, es reflejo de la continuidad en la educación al pueblo acerca de las peculiaridades de la nueva etapa histórica que le tocaba vivir. Encontramos discursos donde explica cómo el pueblo entero organizado ha desfilado el primero de mayo junto a sus fuerzas armadas, en profunda solidaridad y donde caracteriza a esta como la revolución de todos, la que debemos defender unidos frente a todas las fuerzas opositoras, la que debe servir de ejemplo para América y el mundo, la que se debe seguir profundizando con las leyes y medidas revolucionarias para la gran mayoría de la población.

En el centro de atención de sus alocuciones estaba la educación del pueblo acerca del funcionamiento económico de la nueva sociedad, la lucha contra el burocratismo; el valor de los acontecimientos del 30 de noviembre de 1956 y la importancia para el país del combinado industrial que con aquella fábrica se inauguraba en 1964 con igual nombre; el papel de la provincia de Oriente en la producción azucarera de Cuba y la convicción de continuar transformando el país para sacarlo de las secuelas de años de explotación e ignominia. Y siempre recalca Guevara que todas las transformaciones las debemos conquistar con nuestro esfuerzo cotidiano.

Hoy, que ya el país disfruta de un alto nivel educacional, reconocemos la insistencia del Che —junto a Fidel y los principales dirigentes de la Revolución cubana— en la necesidad de estudiar como una obligación para garantizar las posibilidades del desarrollo futuro, así expresaba:

Para nosotros no hay eso de que la vista me duele, que no me entra la lectura, que se me cansa, que no hay espejuelos, que tengo mucha guardia, que los niños no me dejan dormir, todas esas cosas que andan por ahí sueltas. Hay que estudiar de todas, todas, sin ninguna apelación. Recuérdenlo bien.

Insiste el Che en la necesidad de la unidad en todas las fuerzas del país, la defensa de la patria como tarea primordial, la lucha contra el anticomunismo que es un arma de división de los poderes imperiales, la lucha contra el imperialismo, en el cual no se puede confiar “ni un tantico así”. Dedicó gran parte de su último discurso público en Santiago de Cuba (el 30 de noviembre de 1964) a actualizar al pueblo con un interesante panegírico de la situación internacional, la lucha de los pueblos en América Latina, Asia y África. Realmente nos preparaba para entender los procesos de entonces, nos dejaba tareas pendientes y una impresionante despedida que colocaba el deber de todo hombre y mujer en el justo lugar de hacer la revolución.

Hoy día, la juventud, estudiantes y trabajadores de la ciudad y el campo, los santiagueros y cubanos en general estamos comprometidos con aquellas tareas, con aquellas enseñanzas, las que se transmitían desde Santiago de Cuba, y que seguro se reiteraron en cualquier otro lugar del país que conserva sus más imperecederas huellas y donde sus particularidades hacen de ese pensamiento algo original.

Por eso debemos cumplir con el sagrado deber de estudiar el pensamiento del Che, que seguro nos puede resultar útil en este complejo y contradictorio camino de construcción de la sociedad nueva, en presencia de nuestras imperfecciones, de todas las secuelas del bloqueo, de toda la rabiosa fuerza imperial contra nuestros pueblos de América y del mundo.

**Dra. C. Neris Rodríguez Matos**

Santiago de Cuba, 4 de abril de 2018